“VIVENCIA”

¿Ya te vas?, preguntó ella, con una mirada y una sonrisa comprensivas, empáticas podría decirse hoy para usar un término más nuevo, más de estos tiempos. Pero a mí me gusta esa palabra, comprensiva, yo sé que me comprende y a mí eso me gusta y me hace bien; además en esta fecha precisa esa palabra aplicada a ella es toda satisfacción cuando más la necesito.

Sí, le contesto, me voy, a esta hora ya se habrán ido todos y vos sabés… allí necesito estar solo.

Sin dejar de sonreír y con esa mirada que endulza hasta el aire, se acerca, toma mi barbilla entre sus manos y me besa en la mejilla muy despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Luego baja sus manos y toma las mías sin dejar de sonreír y de endulzar el aire y me dice: que te vaya bien, acá te espero, con el mate preparado.

Subo al auto, le doy arranque, me coloco el cinturón de seguridad y miro al asiento del acompañante donde está ella, “encanastada”, como nos enseñaron que debía recogerse, y con ese sol dorado y brillante mirando al cielo, mi amada celeste y blanca que cada Abril me acompaña silenciosa. Tomo el volante, suelto un suspiro largo y comienzo a andar; está lejos de casa, debo atravesar la ciudad para llegar a la plazoleta frente al cementerio.

El primer pensamiento es recurrente y llega siempre casi como un lamento: “¡éramos muy jóvenes! No niños, pero tampoco hombres!! 18 años, 19 algunos; como pichones crecidos pero que nunca habíamos abandonado el nido!”.

Cruzo la circunvalación y el tránsito es mucho más intenso, me distrae por un momento. Busco calles alternativas, más tranquilas, para no ir por la avenida; entonces vuelve la pregunta como tantas veces: “¿qué debí hacer!!? ¡yo no estuve allá! Era uno de ellos pero no estuve allá con ellos!...¿qué debí hacer!!?

En la próxima esquina doblo a la derecha y sigo hasta tomar la avenida, estoy llegando, estoy cerca. Estaciono dos cuadras antes, quiero llegar caminando con la bandera en mi mano.

El otoño es nuevo en la ciudad, la tarde temprana se siente muy fresca y la vereda está cubierta con las primeras hojas amarillas de los plátanos que el viento mueve de acá para allá con ráfagas sorpresivas y erráticas. Mientras me acerco veo las ofrendas florales colocadas por la mañana y papelitos celestes y blancos remolineando con el viento y rodando sobre el asfalto. Mis pasos son cada vez más lentos, hasta llegar frente al muro donde me detengo. Lo contemplo un instante y comienzo a recorrerlo mientras leo cada nombre, en cada placa de mármol, de los caídos en Malvinas, al mismo tiempo que deslizo mi mano sobre ellos en una caricia.

Existe un llanto que a veces algunos lloramos; es invisible porque habita en las entrañas y no tiene el desahogo de las lágrimas derramadas, porque no hay lágrimas allí adentro, en el llanto que llora el alma.

Todos duelen, cada uno de ellos, pero cuando veo su nombre, el de acá, el de mi ciudad, el nuestro, ¡¡cuánto duele!!. Porque nos conocimos, porque la ciudad era mucho más pequeña, porque cuando íbamos al centro, a la plaza, al club, nos conocíamos todos; y sabíamos: éste va al "Comercial", y aquel al "Normal", y aquel otro al "Industrial"; porque Pico era un pueblo grande y sí, nos conocíamos todos, y porque nosotros éramos apenas unos muchachos llenos de vida, de ganas, de alegría…¡¡cómo no va a doler!!.

Me alejo unos pasos hacia atrás y en posición de ¡FIRMES! saludo con la venia, como se saludaba a un superior en la colimba y como se debe saludar a un héroe, mientras declaro con fuerza: "¡¡ jamás se acaben la honra y la memoria para todos ustedes!!".

Sobre el pedestal cubierto de piedras prolijamente talladas está el busto de ella, la madre universal del soldado caído en combate, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante y la mirada baja, tiene los brazos cortados y hay una cruz a su lado, allí me detengo un rato largo. Quizás sea aquella que carga como una cruz la pérdida de su hijo amado… pero sin brazos. Quizás sea aquella que quiere aferrarse a esa cruz, símbolo de resurrección y esperanza de vida eterna para su hijo amado…pero sin brazos.

Luego soy yo que inclino mi cabeza con respeto y reverencia.

Cruzo la calle hacia la fuente de agua y camino hasta el otro pedestal donde está él, el soldado caído en combate, con sus borceguíes, su ropa de combate y su casco colocados; un puño apretado contra el pecho y el gesto en su rostro del que sabe que llegó el final, pero que lo encontrará así, de pie; en un cuerpo que inevitablemente caerá a tierra, pero con un espíritu que jamás se doblegará; "¡¡ SEAN ETERNOS LOS LAURELES QUE SUPIMOS CONSEGUIR, CORONADOS DE GLORIA VIVAMOS, OH JUREMOS CON GLORIA MORIR!!"

Me siento en un banco y me quedo en silencio, cierro los ojos y oigo el viento en los pinos mientras poco a poco llega el sosiego. Luego de un tiempo que no puede medirse con reloj, agradezco por este lugar que cada 2 de Abril para mí es refugio, es amparo, es abrigo. Después me pongo de pie y vuelvo a soltar un suspiro largo, paso la bandera detrás de mi cuello dejándola colgar sobre el pecho y emprendo el regreso, caminando lento hasta el auto, aunque ya más aliviado.

Es hora de volver a mi principal refugio, es hora de volver a casa, a su sonrisa comprensiva y a la mirada que endulza el aire, al beso amoroso y delicado y a sus manos suaves.

Sí, ya es hora de volver a casa, ella me está esperando; con el mate preparado.

Rodolfo Guillermo Giacinti

Gral. Pico – La Pampa